

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 16 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 107.



LA PRINCESITA CARLOTA

La princesita Carlota está triste, muy triste. En vano los sapientísimos doctores del Rey, su padre, tratan de averiguar la causa de su tristeza.

La princesita sufre y llora; pero su pena y sus lágrimas nadie las ha visto. Lo que ayer la divertía haciendo asomar una sonrisa á sus

Ayuntamiento de Madrid

labios, hoy parece disgustarla. Ni las excentricidades de su bufón, enano y jorobado, ni sus juguetes fastuosos, ni la amena charla de sus amiguitas, descendientes todas de linajudas familias, son capaces de distraerla. Cuando el bufón pretende divertirla con sus chirigotas, el llanto asoma á los ojos de la hija del Rey, que se compadece del desgraciado contrahecho, destinado tan sólo á provocar la risa en cortesanos labios; cuando mira los juguetes que para su recreo la han regalado, Su Alteza sonríe tristemente sin querer cogerlos, y cuando sus nobles amiguitas tratan de animarla con su conversación, la princesita se aburre cansada de oír tanta lisonja.

La tristeza de la heredera del trono preocupa hondamente á toda la nación.

¡Pobre princesita de los ojos azules y de las trenzas rubia...!

* * *

Todos duermen en el palacio. La princesita Carlota atraviesa las solitarias galerías, cruza los desiertos salones, baja por las escaleras de la servidumbre y sale á la calle. Nadie la ha visto. Al encontrarse sola y respirar el aire puro de la noche, la hija del Rey experimenta una alegría grande y un dulce bienestar.

Tiempo hace que soñaba con una escapatoria como la que acaba de realizar. La princesita camina lentamente. Al fin descubre, apoyada en el quicio de una puerta, á una niña de su misma edad. Al verla, la llama:

—¿Quién eres tú...?—pregunta la muchacha sorprendida ante los lujosos trajes de la que ha osado despertarla.

—No te asustes—responde la hija del Rey,—soy la princesita Carlota. ¡Me he escapado de palacio...!

—Vuelve á él; si se enteran te castigarán...

—No; nadie ha de enterarse; antes de que amezca volveré... ¿Y tú, quién eres? ¿Cómo te atreves á dormir en la calle...?

—Porque mi madrastra me ha echado de su casa; pero yo no me apuro. Mañana volveré á admitirme. ¿Oye, y por qué te has escapado tú...?

—Porque me aburro en palacio y he decidido ver la ciudad esta noche. ¿Quieres acompañarme...?

—Con mucho gusto.

Y las dos niñas recorren lentamente la población. La princesita dice á su compañera:

—Yo tengo unos juguetes muy bonitos: muñecas que andan solas, conejos que tocan el tambor, arlequines que mueven los brazos... Cuando sea mayor me casaré con un príncipe venido de tierras extranjeras, y al llegar á la vejez, pasaré los días frente á la amplia chimenea de palacio, rodeada de esclavas que cantarán para distraerme...

—Pues yo—dice la otra niña—tengo también unos juguetes muy bonitos: mis muñecas son de trapo y con cáscaras de nueces me hago barquitos... Cuando sea una mujer me casaré con un minero de los que trabajan en las minas del Rey, tu padre, y cuando sea viejecita hilaré sentada junto al hogar...

El horizonte empieza á iluminarse lentamente. La princesita se despidе de su amiga.

—Adiós; mañana volveré y has de traerme una de tus muñecas de trapo...

—Bueno; pero tú tráeme uno de tus arlequines...

Y las dos niñas se separan...

* * *

En palacio reina gran agitación. El Rey se ha enterado de que su hija ha pasado la noche fuera y, furioso, ha ordenado que se refuercen las guardias nocturnas para impedir otra escapatoria.

La princesita Carlota está más triste que nunca. Nada la distrae. Sentada junto á una ventana contempla tristemente la ciudad.

¡Pobre princesita de los ojos azules y de las trenzas rubias! ¿Por qué te escapaste de palacio...?

Hoy suspiras anhelando los toscos de tu amiguita; mañana cambiarías con gusto tu regio pretendiente por el plebeyo minero, y cuando los años nieven tu cabeza, envidiarás la rueca de tus viejas súbditas.

Acaso al sentir en tus aterciopeladas carnes el frío de las sábanas de tu lecho suspirarás, diciendo:

—¡Por qué no nací pobre...!

Y tal vez la niña que te acompañó en tu nocturna escapatoria murmurará:

—¡Quién fuera princesa...!

JOSE RAMOS MARTIN.

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

Papá, hoy nos toca Carlos II.

—Muy bien, Juanito, veo que le vas tomando el gusto al paseo histórico y eso me agrada sobremanera.



CARLOS II

—¡ Hombre, hombre...! ¿Qué edad tendría el hijo de Carlos V en tiempos de Carlos II?

—Hijo natural de Felipe IV...

—¡ Ah, vamos! ¡ Eso es distinto!

—Le confundía con el otro.

—El otro es el más conocido, pero no hay que confundir... ¿Y qué más?

—Carlos II casó con María Luisa de Saboya y después con Ana de

—¿No te parece que la estatua está mal?

—Sin embargo, creo que es una de las mejor conservadas.

—No digo eso... Me parece que está mal porque parece de un señor muy arrogante, y D. Jenaro nos ha dicho que Carlos II estuvo siempre malucho y hasta se llegó á decir que le hicieron mal de ojo, y por eso le llamaban *el Hechizado*.

—No está mal tu observación, ni tampoco el informe de tu profesor... ¿Y qué más te ha dicho de Carlos II?

—Hijo de doña Mariana de Austria y de Felipe IV, empezó á reinar en 1665, á los cuatro años, bajo la regencia de su madre. Durante su reinado, España fué víctima de los consejeros que la gobernaron pensando sólo en su propio interés, y de la codicia de los extranjeros que la empeñaron en guerras desastrosas. Entre otras pérdidas, tuvimos la de Portugal, que se declaró independiente. Uno de los consejeros del rey más perturbadores fué D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V.

Pitrun... Merrum... ¡No me acuerdo, porque es un apellido muy difícil!

—¡Ana de Newburg, muchacho!

—¡Bueno, lo que sea...! Murió el Rey en 1700... ¡Y se acabó la historia!

—Sí, de un golletazo, como dicen los aficionados á toros... Pero, en fin, no es poco lo que sabes... Yo te añadiré que Carlos II fué el último de los Austrias, y que en su tiempo estuvo España próxima á desaparecer, pues los soberanos de Europa, y particularmente Luis XIV de Francia, habían pensado repartírsela. Todo estaba desorganizado y manga por hombro y no había ni moralidad ni dinero... ¡Un horror!

—¡Anda...! ¡A su vecino le han roto las narices!

—O puede que se le hayan caído...

—¡Ja, ja, ja!

—Es el buen Chintila... Otro rey goda... ¡Buen salto hacia atrás! ¿Qué sabes tú de Chintila?

—Murió el año 638.

—¡Toma...! ¡Eso lo dice ahí!

—Mira, papá; de los reyes godos, apenas sabemos en el colegio más que la lista.

—No es mucho saber. Pues oye, Juanito. Este Chintila fué elegido por los nobles y por los obispos. Reinó cuatro años, y en ellos se celebraron dos concilios en Toledo, principalmente destinados á reforzar la autoridad real y á dictar algunas disposiciones contra los judíos.

—¿Quieres que te diga una cosa? Pues... ¡No me interesa mucho el reinado de Chintila!

—Oye, oye, Juanito... ¡Ni á mí tampoco!

—¡Ay, qué gracia...! Lo mismo que tu y que yo decía D. Jenaro de todos los reyes godos cuando nos los tenía que explicar en clase... ¡Por eso ninguno los hemos estudiado apenas!

—Sin embargo, aquel período tuvo su interés, y será conveniente que lo conozcas.



CHINTILA



EL BRUJO

CONCLUSION

MARI. ¿Ah, sí? ;Te das por ofendida? ;Pues ahí te quedas! Me voy á buscar á Frasquito. *(Sale corriendo.)*

JUAN. ;Ay, no! ;Maricuela! ;Aguarda! ;Escucha! ;Me voy con vosotros! *(Vase también corriendo.)*

ESCENA V

CALIXTO; después MARICUELA

CAL. ;Bonito viaje! Ya me lo estaba yo sospechando. Alguien se ha aprovechado de estos miedos, ha madrugado y no ha dejado un grano de fresa ni de frambuesa. ;De qué me ha servido ser más valiente que estos mandrias si en resumidas cuentas he venido á sacar lo mismo? *(Se oye un grito de Frasquito.)* He oído un grito y juraría que es la voz de Frasquito... *(Se acerca á escuchar.)* Sí, y las muchachas lloran... ;Qué habrá ocurrido?

MARI. *(Que llega corriendo.)* ;Ay, Calixto, no sabes! El pobre Frasquito se ha caído de un árbol y se ha hecho una herida muy grande... Viene hacia aquí apoyado en Juanita, porque apenas puede andar.

ESCENA VI

Dichos, JUANITA y FRASQUITO y después el BRUJO.

JUAN. ;Animo! Aquí está Calixto.
FRAS. *(Dejándose caer al suelo.)*
;Ay, no puedo más!

MARI. ;Ha perdido el sentido!
CAL. ;Y cómo le vamos á atajar nosotros la sangre? No hay tiempo que perder. *(Sale gritando.)* ;Socorro! ;Socorro!

MARI. ;Adónde va ese loco?

JUAN. ;Si le oye el brujo!

MARI. ;Ya lo creo! ;Si entra en la casa!

JUAN. ;Dios mío de mi alma!

MARI. Y éste no vuelve en sí.

CAL. *(Dentro.)* Por aquí, por aquí. *(Llega á poco seguido del brujo, que es un caballero simpático, de barba rubia, en traje de caza.)*

BRUJO. Animo, eso no será nada. Lo llevaremos á casa y lo curaremos.

JUAN. *(Con espanto.)* ;A la casa encantada!

BRUJO. Esa casa que fué de mis abuelos y ha servido de pretexto á mil patrañas, me ha sido adjudicada por los tribunales y la he convertido en hospital para los pobres de este pueblo. Pensaba sorprender á todos con su inauguración, pero puesto que es preciso, la estrenaremos con este pobre chico.

MARI. *(Haciendo una reverencia.)* Señor brujo...

CAL. ;Señor cuerno! *(A Maricuela.)* ;Dónde has visto tú brujos tan caritativos? Ya veis como era todo mentira. *(El caballero coge á Frasquito en brazos y seguido de los niños se dirige á la casa.)*

CAE EL TELON.

LA VISITA DEL MEDICO



—La niña está muy malita;
¿qué es lo que tiene, doctor?
—¿Ha comido muchos dulces?
Acaso una indigestión.

Ayuntamiento de Madrid



—¡ Sí los comió!

—¿ No lo dije?

¡ El pulso no marcha bien!

¡ Estas niñas tan golosas
nos dan bastante que hacer!

Ayuntamiento de Madrid



—¿Será cosa de cuidado?
—Creo que no lo será
si toma las medicinas
y se somete á mi plan.

Ayuntamiento de Madrid



—¡ Ya más tranquila me quedo !
—Y á ver si puede dormir...
Hasta mañana, señora,
que volveré por aquí.

Ayuntamiento de Madrid



RELATOS DE CAZA

LA PIEL DEL TIGRE

Iba un indio camino de su aldea bordeando un espeso bosque, cuando pareció sentir el ruido de un animal que se deslizaba entre las altas hierbas. Por si acaso, escondióse al punto entre unos gigantesco bambúes y requirió su vieja y mohosa carabina. Se hizo el silencio. El viento dormido no mecía los centenarios árboles, y los hierbazales de la llanura se mantenían inmóviles. Pensaba ya el indio que el susodicho ruido no había estado más que en su imaginación, cuando de pronto y entre unos matorros fluctuantes mostróse ante sus ojos un magnífico tigre real. Olfateaba con inquietud el viento, revolvía en sus órbitas los fulgurantes ojos y los fijaba en todas direcciones. Aprovechando su indecisión, echóse el indio la escopeta á la cara, apuntó con sumo cuidado y disparó... La fiera, al sentirse herida, lanzó un formidable rugido que hizo retemblar el bosque é inició un salto de avance; pero falta de fuerzas, cayó sobre sí misma y entre violentas convulsiones y terribles zarpazos que desmenuzaban los vecinos arbustos, expiró...

El indio pensó enloquecer de alegría y se permitió el placer de danzar en torno del cuerpo de su víctima, aún caliente y palpitante. Luego la examinó. ¡Oh, qué hermosa piel...! La guardaría en su choza como un presente del cielo, para venderla á los negociantes, que le darían

Ayuntamiento de Madrid

por ella muy buenas piastras. Abandonaba ya el cadáver para ir en busca de los útiles de desollar, cuando vió, alzando los ojos al cielo, que seis ó siete buitres se cernían majestuosamente en el aire, esponjadas y al mismo tiempo embellecidas sus negruzcas y grandes alas por la dorada luz del sol. Viendo cómo estrechaban el círculo de su vuelo y que con las alas al parecer dormidas se dejaban caer sobre la tierra directamente hacia el tigre, se llenó de espanto, porque comprendió que los voraces vultúridos intentaban devorar á su víctima, en cuyo caso, ¡adiós la piel y la fama que adquiriera de valiente matador de tigres y las piastras de los mercaderes...! Dispuesto á defender su propiedad, colocóse sobre el felino y esperó el ataque. Cuando los bui-



tres tomaron tierra, aprovechó tan bien la única bala que le quedaba, que mató á uno de ellos; pero los restantes, en vez de acobardarse, avanzaron sobre sus patas aplomadas. El indio invocó la protección de Brahma y al llegar los sucios avechuchos comenzó á repartir golpes con la carabina. Los buitres recibieron nuevos compañeros de refuerzo y emprendieron el asalto del tigre acosando al pobre indio con furiosos aletazos y picotazos, hasta que, al fin, rota la carabina y herido en todas partes, el desventurado tuvo que abandonar su presa.

—¡Lástima de piel de tigre!—murmuró...

Y lleno de desesperación, anedreó á los buitres mientras le quedaron fuerzas.

JOSE A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid



EL GANSO DORMILON

(FÁBULA)

Porque un amigo díjome que el ganso es un ave que todo lo vigila, pues de día no duerme y aun de noche no hay rumor que por leve no perciba, uno compré pensando: con su guarda tranquilas dormirán mis palomitas, los patos estarán cual bajo llave, tendré al cerdo seguro en la pocilga y, aunque en medio del campo, no habrá miedo á que me roben cabras ni gallinas... Mas... tal ganso compré por mi desgracia que ni el bronco ladrar de cien jaurías lograrian despertarle, pues el pobre como un lirón y aun más dormir solía. Visto el extraño caso, con el ave ante los ojos de mi amigo fija: "Mira—le dije.—¿Acaso es éste el ganso...? ¿Es éste aquél que todo lo vigila, pues de día no duerme y aun de noche no hay rumor que por leve no perciba...? Te engañaron, amigo, á las marmotas darles lecciones de dormir podría." Entonces él, con reposado acento, me respondió: "¿Por qué te maravillas? Si no todos los músicos son músicos, ni todos los pintores son artistas, ni todos los poetas son poetas, aunque en renglones cortos siempre escriban; si has visto tantos hombres que una cosa parecen y son luego otra distinta, ¿á qué vienen tus necios aspavientos y tus pasmos...? ¿Por qué te maravillas si entre todos los gansos vigilantes llegas uno á encontrar que no vigila...?"

ESOPILLO.



Ret. ARDUSO

FIESTA INFANTIL

El día de Reyes se celebró en los talleres de *Blanco y Negro* y *A B C*, que son también los de *GENTE MENUDA*, la fiesta tradicional en aquella casa de repartir juguetes á los niños pobres.

La suscripción abierta para tan hermoso fin, dió este año un magnífico resultado, lo que indica que los niños ricos no se olvidan de los que no han sido favorecidos por la fortuna.

Los niños ricos han hecho, una vez más, de Reyes Magos para los niños pobres.

Y así á estos no les faltó el presente con que todos sueñan á sus años, y que resulta en tal día una de las ilusiones más intensas de la infancia.

El espectáculo fué, como siempre, interesante y conmovedor. Los talleres, donde resuena á todas horas la voz del trabajo, viéronse invadidos por un ejército infantil que con sus tiernas vocecitas demostraba su gratitud y su alegría.

Fué una fiesta, en fin, que no olvidarán los que la presenciaron, ni los que á ella contribuyeron, ni los niños que salían tan complacidos con sus juguetes.

También se les obsequió con caramelos y con ejemplares de *GENTE MENUDA*, el periódico favorito de los niños.



ESPAÑOLAS CELEBRES

DOÑA JUANA LA LOCA

Cuando se visita el Museo Moderno y se contempla el cuadro de *Doña Juana la Loca*, toma cuerpo un recuerdo histórico que está lleno de amorosa poesía y cubierto por los fúnebres velos de una inmortal princesa. Se dibuja allí toda la vida de la más desventurada reina de España. Nació doña Juana en la ciudad de Toledo, el sábado, 6 de Septiembre de 1479. Su educación, el alto nombre de que disfrutaba su país y la grandeza del poder de sus padres, los Reyes Católicos, hacían presagiar que á la excelsa dama todo la brindaría felicidad y dicha. Entre los príncipes que podían aspirar á su amor, ninguno al parecer valía tanto como el hijo de Maximiliano I, Emperador y Rey electo de Romanos, el archiduque Felipe, uno de los más gallardos y hermosos varones de su tiempo, cuya fama de singular donaire y cortesía elegante corrían por Europa, cautivando el corazón de muchas doncellas principales, que en sus sueños de rosa le veían rindiendo pleitesía á sus bellezas. El fué, tras largas capitulaciones, el destinado para esposo de la hija de Isabel y Fernando.

El archiduque casó con doña Juana el año 1496; su conducta para con la infanta no fué ni caballerosa ni digna; devaneos, orgías, deslealtades y cuanto puede herir el corazón de una dama, cuanto más si siente delirio de amor por su marido, realizó el ligero príncipe, amargando con su proceder el alma de su virtuosa, y enloquecida por él,

Ayuntamiento de Madrid

compañera. La muerte del heredero D. Juan y la de Isabel, su hermana mayor, sin sucesores, dió derecho á la corona de España á aquella y á sus hijos. Por esta razón, á la pérdida de la gran reina Isabel, recayeron en Juana y su marido los reinos de Castilla y Aragón, en los que la influencia de los consejeros y favoritos de Felipe provocó durante su breve reinado hondos disgustos y graves gémenes de alteración. Quiso Dios arrebatár del mundo al archiduque, licencioso y despreocupado, para bien de la península ibérica, aunque á costa del terrible dolor de su apasionada mujer. Doña Juana, al ver morir á su marido en Burgos, el día 25 de Septiembre de 1506, cuando estaba en la flor de la vida, contando veintiocho años, dejó escapar todo el duelo de su espíritu y acabó por perturbar su razón. El paroxismo de su amor por el rey Felipe *el Hermoso*, la llevó á cometer excesos de cariño hacia su cadáver, que fueron respetados sólo por atención á su estado mental. En Miraflores, á los pocos días de ser sepultado, mandó romper el ataúd que guardaba los restos, desvendar los paños puestos para embalsamarle y desnudarle los pies, los cuales, con la más cariñosa ternura, besaba y besaba la desconsolada reina. Su deseo de estar al lado de quien era su vida y su felicidad entera, la resolvió á acompañar á la fúnebre comitiva que estaba encargada de trasladar el muerto á Granada. Por campos y villas iba rodeada de prelados, grandes, frailes y caballeros, la infeliz soberana, siempre honrando al que adoraba, siempre rindiéndole público testimonio y homenaje de su cariño sin rival.

Los acontecimientos hicieron comprender que ella no estaba para la gobernación del reino, y por ello fué aclamado rey su hijo el emperador Carlos I.

En su vida tuvo rasgos dignos de la grandeza de su alma. Estando en París, se negó á rendir acatamiento al rey de Francia, que lo demandaba de Felipe por ser conde de Flandes. Cuando la visitaron los nobles en Tordesillas, se negó á firmar y á gobernar nada sin conocimiento y consejo de su padre, que entonces estaba en Italia; y cuando los comuneros la propusieron reinase sin su hijo Carlos, mantuvo firme y enteramente los derechos del heredero.

Cincuenta años vivió en Tordesillas esta real señora, prototipo de esposas. Ella jamás dió paso, á pesar de su estado mental, que complicara la vida de España. Vivió sólo para su dolor, soportándolo con grandeza incomparable hasta el 12 de Abril de 1555, que expiró en Tordesillas. Fué madre de Carlos I, de Fernando I de Alemania, de la reina Leonor y de las princesas María, Catalina é Isabel. La majestad de su amor y la locura á que le llevó tan noble pasión, la han dado una inmortalidad que no tiene otro ejemplo.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.